

la suerte de un monarca abandonado y prófugo, apoderáronse de su muger Urraca y de sus dos hijos, y á él le hicieron salir de la ciudad, no quedándole otro recurso que pasarse á los dominios de los moros de Aragon, entre los cuales vivió algun tiempo haciendo una vida harto desgraciada y miserable, y allí murió ignorado y oscuro, sin que se sepa siquiera el lugar en que acabó su existencia infortunada ⁽¹⁾. Tal fué el desastroso fin de Ordoño, cuarto de este nombre, llamado *el Intruso*, y mas conocido en las historias por *Ordoño el Malo*.

De este modo Abderrahman, de enemigo que habia sido de los cristianos, vino en cierto modo á hacerse mediador de sus diferencias, y con haber logrado colocar y asegurar en el trono á su protegido se halló en paz con toda la España. Sancho por su parte, viéndose tranquilo poseedor del reino, pensó en tomar estado, y se enlazó en matrimonio con doña Teresa (961), hija del conde de Monzon Ansur Fernandez, de quien tuvo á Ramiro, que mas adelante veremos reinar tambien.

Aun se prolongó por algunos años el reinado de Sancho. Pero la circunstancia de haber ocurrido este mismo año la muerte del califa Abderrahman III., personage interesante y colosal del siglo X., nos mueve á dejar por ahora al repuesto rey de Leon para dar

(1) Samp. Chron. n. 26.

cuenta de lo que entretanto habia acaecido en la córte y dominios de los musulmanes españoles bajo el mas esclarecido de sus príncipes.

Habíase hecho el califa español dueño de una gran porcion de la Mauritania, si bien teniendo que desplegar un rigor y una severidad inflexibles para con las tribus bereberes, que siempre turbulentas, inconstantes siempre, sin fé ni palabra, haciendo causa tan pronto con los Fatimitas, tan pronto con los Edrises, apenas pasaba año en que no fatigasen con alguna revolucion al califa cordobés. Bien se necesitaba el rigor de Abderrahman para tener á raya á aquellos discolos y volubles africanos.

Un hecho privado, y pudiera decirse casual, vino á proporcionar á Abderrahman la conquista de las principales y mas opulentas ciudades de la costa de Africa. Apoderadas sus escuadras de Tunez, sacaron de allí riquezas inmensas, asi en oro y pedrería, como en telas y vestidos de todo género, y como en armas, caballos y esclavos; tanto, que despues de deducido el quinto para el califa, y despues de hacer una distribucion abundante á los generales, capitanes y soldados, hasta el punto de quedar satisfechos andaluces y zenetas, aun le restó al habgib una suma cuantiosísima. Recibióle Abderrahman con alegría grande, hizole muchos honores, y le señaló una renta anual de cien mil doblas de oro.

Pero por grande que fuera el premio que del califa recibiese Ahmed ben Said, aun fué mucho mayor y mas espléndido el regalo que éste hizo al emir Almumenin de la parte que le tocó de los despojos de aquella expedicion. Consistió este célebre regalo, segun lo refiere Aben Chalican, en los objetos siguientes: cuatrocientas libras de oro puro de Tibar, valor de cuatrocientos mil zequés en plata en barras, cuatrocientas libras de madera de linaloe, quinientas onzas de ambar, trescientas onzas de alcanfor precioso, treinta piezas de tela de oro y seda, ciento y diez pieles de martas finas de Korasan, cuarenta y ocho cubiertas ó caparazones de oro y seda para caballos, tegidas en Bagdad, cuatro mil libras de seda en madejas, treinta alfombras de Persia, ochocientas armaduras de hierro bruñido para caballos de guerra, mil escudos, cien mil flechas, quince caballos árabes de raza con ricos jaeces recamados de oro, cien caballos de Africa y de España bien enjaezados, veinte acémilas con sillones y cubiertas largas, cuarenta esclavos jóvenes, y veinte lindas esclavas, todas con vestidos preciosos, y una casida ó composicion larga de elegantes versos en elogio del rey, obra del mismo Ahmed ben Said ⁽¹⁾. Todo aparece grande y suntuoso en el reinado del tercer Abderrahman.

(1) Conde, en el cap. 84, supone este famoso regalo de Ahmed ben Said como hecho de vuelta de su anterior incursión en Galicia. A no dudar se distrajo en esto el ilustrado orientalista español, pues si aun traídas estas riquezas de la opulenta ciudad de Tunez, no pue-

No pudiendo ya sufrir Maad ben Ismail, cuarto califa Fatimita, el engrandecimiento del iman de Córdoba en Africa, envió á su caudillo Gehwar el Rumi con veinte mil caballos de Ketama y Zanhaga, y muchos mas de otras tribus, con orden de que ocupára los estados de Almagreb. El walí de Abderrahman de Córdoba reunió tambien sus cabilas de zenetas y mazamudas, y saliéronse al encuentro ambas huestes. Gehwar ofreció grandes premios al que quitára la vida al walí del califa español, y en efecto logró el placer, que placer era este siempre para todo sarraceno, de enviar su cabeza á Maad ben Ismail, el cual la hizo pasear clavada en una lanza por las calles de Cairwan. A esta victoria siguieron otras, y á principios del año 960 se atrevió ya el vencedor Fatimita á poner cerco á la ciudad de Fez, principal asiento del poder del califa español en Africa. Combatióla dia y noche sin descanso, y al cabo de trece dias la tomó por asalto con gran mortandad de andaluces y zenetas que se defendieron hasta morir: la ciudad fué saqueada, cautivado su gobernador, y demolidos sus muros y las torres de sus puertas. En pocos meses se apoderó el valiente Fatimita de todas las ciudades de Almagreb, á excepcion de Ceuta, de Tánjer y Tlencen que defendian las tropas de Abderrahman. El

de menos de sospecharse algo de bres poblaciones cristianas, donde exageracion en el relato, ¿cómo eran ademas desconocidos la mayor parte de estos objetos? pudo haberlas recogido en las po-

cautivo walí de Fez con otros quince caballeros, juntamente con el gobernador prisionero de Sigilmesa, fueron llevados encadenados y desnudos en lomos de camellos; y cubiertas sus cabezas con andrajos de lana y cuernos entrelazados, paseáronlos así por las calles y plazas de Cairwan y de Mahedia, y encerráronlos después en calabozos donde todos perecieron.

Vivamente alarmado Abderrahman con estas noticias, recibidas en ocasión que acababa de perder á su primer ministro Ahmed ben Said, y cuando todavía lloraba las muertes de su hijo Abdallah y de su tío Almudhaffár, en el mal humor que todos estos disgustos le produjeron juró vengar los ultrages recibidos de Almagreb, y con los arranques de una melancólica desesperación mandó hacer prontos y numerosos aprestos de gente y naves que pasáran á Africa á volver por el honor de los Omeyas de Córdoba. Embarcáronse con presteza y diligencia tropas de á pié y de á caballo, y unidas con las que guarnecían á Ceuta, Tanger y Tlencen, pelearon con tanto valor y con tan próspera fortuna, que en pocos meses recobraron las ciudades y fortalezas perdidas, y tomaron por asalto á Fez, quedando así dueños de todo el país desde Fez hasta el Occéano. En todos los alminbares y mezquitas de Almagreb fué proclamado emir Almumenin el poderoso califa de Córdoba Abderrahman Anasir Ledinala con general contenta-

miento y aplauso de los pueblos y cabilas zenetas ⁽¹⁾.

Así iban las cosas de Abderrahman en sus últimos años por parte de las armas y de la conquista. Había pacificado la España árabe aniquilando todas las facciones intestinas que la infestaban; el rey cristiano de Leon era hechura suya; vivía en amistad con el de Navarra; enviados del conde de Barcelona habían venido á su corte; príncipes y monarcas italianos, franceses, esclavones y griegos habían solicitado su amistad y enviádole embajadores que volvián haciendo lenguas de su grandeza; las naves de Egipto y de Tunez habían caído en su poder, y en Africa acababan de triunfar sus armas, y en todas las mezquitas resonaba su nombre como el de un salvador. Réstanos dar cuenta de otra embajada que recibió de otro príncipe contemporáneo, de Othon I., rey de la Germania, emperador de Alemania después, llamado el Grande: embajada notable y curiosa, llena de lances dramáticos, que nos revelarán el espíritu religioso y político de los hombres de ambas creencias musulmánica y cristiana en aquella época, y el genio y carácter de Abderrahman.

El califa de Córdoba había tenido que enviar un mensaje al gran gefe de la *Alamania* que ellos decían. La carta misiva de Abderrahman contenía varias frases de aquellas que tan familiares eran á los mus-

(1) Cartas de Abd el Halim.—Conde, part. II. cap. 86.

limes y que nunca faltaban en sus documentos oficiales, esto es, elogios de su religion, de la proteccion que Dios dispensaba á los mahometanos contra los infieles, de las excelencias del islamismo sobre el Evangelio y la Cruz, y otras semejantes. Parecióronle á Othon estas espresiones otras tantas injurias que se hacian al Dios de los cristianos, y retuvo mucho tiempo á los enviados del califa, como quien temia con su respuesta ocasionar una ruptura. Pero era menester tomar una resolucion, y la resolucion fué despachar una embajada á Cordoba, menos al parecer para tratar negocios políticos que para responder á la parte injuriosa de la carta de Abderrahman en que se vulneraba la religion cristiana. El sábio Bruno, arzobispo de Colonia y hermano de Othon, se encargó de redactar la respuesta; respuesta en que prodigaba algunos mas denuestos á Mahoma y al Corán que los que de la carta del califa se hubieran podido sacar contra Cristo. Necesitábase para llevar esta carta una persona de resolucion y arrojo, que no temiera arrostrar la cólera del califa. Un monje de la célebre Abadía de Gorza se ofreció espontáneamente á ello, acaso con la esperanza del martirio: llamábase este monje Juan, y se le dió por adjunto á otro monje de la misma Abadía nombrado Garamanno. Partieron, pues, los dos mensageros camino de España, y llegaron á Córdoba donde hallaron una acogida benévola de parte del monarca musulman; el cual les destinó

una casa distante dos millas de su palacio, los hizo tratar con un lujo verdaderamente regio, pero en aquella especie de cautividad dorada los tuvo mas y mas tiempo sin que pudieran dar cuenta de su mision.

Preguntaron ya los buenos monjes en qué consistia que tanto se tardára en admitirlos á la presencia del rey, á lo cual les fué respondido que pues los enviados del califa habian sido detenidos tres años por su monarca, ellos lo serian tres veces mas, es decir, nueve años. La verdad era que habiéndose traslucido que la carta del rey Othon contenia frases injuriosas á Mahoma y su religion, y prescribiendo espresamente el Coran que el que tal hiciese ó autorizase fuese irremisiblemente condenado á muerte, queria el califa evitar este extremo dando largas y moratorias hasta ver si se hallaba medio hábil de salir de aquel compromiso. Ni el califa queria faltar á la ley, ni hubiera podido aunque quisiera, porque noticiosos los principales musulmanes de Córdoba del contenido de la carta, y recelando que el califa quisiera ser indulgente con los portadores de ella, presentáronse un dia tumultuariamente en palacio, exigiendo la observancia de la ley del Coran, y costó no poco trabajo á Abderrahman sosegar aquel movimiento hijo del celo religioso. Deseando el califa conciliarlo todo del mejor modo posible, envió á decir al monje Juan, que desde luego le recibiria, siempre que no presentase las cartas del rey de Germania: el comi-

sionado de Abderrahman se esforzó inútilmente en hacer ver al monje cristiano los inconvenientes y peligros que esto podia traer: el monje se mostró obstinado é inflexible; pero mas prudente el califa quiso todavía darle tiempo para que lo pensara mejor, á cuyo efecto mandó que se le dejara solo y entregado á sus meditaciones, sin mas compañía que la del otro monje su adjunto.

Al cabo de algunos meses pasó de orden del califa el obispo mozárabe de Córdoba á la habitacion del monje Juan, con el solo objeto de persuadirle á que desistiera de presentar las ya ruidosas cartas, haciéndole ver que de insistir en su empeño, ademas de seguirse una colision entre los dos pueblos, se veria el califa obligado á usar con él personalmente de una severidad que no podria evitar. Pero si duro habia estado el monje embajador con el que le habia hablado primeramente, estuvo aun mas en esta entrevista con el obispo mozárabe, reprendiéndole á él mismo por la sumision con que vivian él y su iglesia á un príncipe mahometano, y concluyendo con decir que nada en el mundo le haria cejar de su resolucion. Comunicada á Abderrahman esta respuesta, todavía quiso evitar un conflicto, y discurrir algun medio de ablandar el duro temple de alma del monje cristiano, que le causaba no poca admiracion. Trascurrieron algunas semanas mas, y nuevos enviados pasaron á tantear las disposiciones del monje de Gorza, al cual

hallaron inmutable en su propósito. Entonces el califa determinó ensayar si por el terror conseguia lo que no habia podido recabar por la prudencia y la blandura; y conociendo que la amenaza de un castigo personal no bastaria á doblegar á un hombre de tanto corazon y de ánimo tan firme, hizole entender, que si persistia en su temeridad, decretaria una persecucion contra todos los cristianos de sus dominios, y que él solo por su obstinacion seria responsable de todas las víctimas y de todas las desgracias que se siguieran. Ni esto bastó á hacer desistir al inexorable monje, parapetándose en que su deber era ejecutar las órdenes de su monarca, sucediese lo que quisiera.

Ya eran los cristianos mozárabes los mas interesados en buscar una solucion á tan difícil y delicado negocio. Hablaron, pues, con el monje Juan, y se acordó proponer al califa que se enviase nueva embajada al rey Othon informándole de los embarazos en que se hallaban, y pidiéndole nuevas instrucciones para ver el medio de salir de ellos. A todo accedió Abderrahman, y como no se encontrara quien se prestase á desempeñar tan delicada mision, publicó un edicto prometiendo un favor especial al que se ofreciese á pasar á Germania, y todo género de presentes para cuando volviese á Córdoba.

Habia en el palacio de Abderrahman un lego llamado Recemundo ó Raimundo, empleado en la secretaria del califa por su instruccion en las lenguas

latina y arábiga. Viendo Recemundo una ocasion de prosperar y acaso de elevarse á un alto puesto, y asegurado por Juan que seria bien recibido, aceptó la embajada con una sola condicion, la de obtener el obispado de Illiberis que se hallaba vacante. No tuvo dificultad el califa en acceder á ello, y de simple lego que era se encontró de repente Recemundo convertido en prelado de una de las primeras iglesias de Andalucía ⁽¹⁾. Consagrado obispo, y recibidas sus instrucciones como embajador, partió de Córdoba y al cabo de algunas semanas llegó á la abadía de Gorza, donde fué recibido con mucho agasajo, y aun le acompañaron despues á Francfort, donde Othon tenia entonces su córte. Presentado Recemundo al emperador, fácilmente consiguió lo que deseaba. Othon despachó un nuevo enviado á Córdoba acompañando á Recemundo con un escrito en que autorizaba á Juan á suprimir ó no presentar la carta primera, causa de todos aquellos debates, y á negociar en cambio un tratado de paz y amistad que pusiese fin á las incursiones de los bandidos sarracenos que infestaban el imperio de Othon. Recemundo y Dudon (que era el nombre del otro mensajero) llegaron á Córdoba á principios de junio de 959.

Presentóse inmediatamente el nuevo enviado en el

(1) Vióse en efecto en la iglesia mozárabe el ejemplar doblemente extraño de un lego elevado á la dignidad episcopal sin pasar por los grados intermedios, y de un prelado católico nombrado por un emperador mahometano.

palacio del califa pidiendo audiencia. «No consiento, contestó Abderrahman, en ver á nadie sin que venga antes ese monje testarudo que tanto tiempo me las ha estado apostando. Los otros se podrán presentar despues.» Y envió una comision á Juan mandándole comparecer á su presencia. Poco faltó para que otra vez burlára al califa aquel monje singular. Cuando los vazzires fueron á comunicarle la órden le encontraron despeinado y con barbas, con su túnica de sayal tosea y no nada limpia. Expusieronle los vazzires que para poder presentarse al califa era menester que se hiciera rasurar la barba y peinar el cabello, asi como ponerse otro vestido mas decoroso, pues el califa no acostumbraba á recibir á nadie en traje desaliñado. El monje contestó sin turbarse que aquel era el hábito de su órden, y que no tenia otro. Dijéronselo asi á Abderrahman, quien se apresuró á mandarle diez libras de plata, cantidad que consideró sobrada para que pudiera hacerse un traje cual correspondia. Juan aceptó la suma, y dió las gracias al califa por su atencion y generosidad, pero la distribuyó entera á los pobres, y volvió á repetir que no se presentaria sino con su ropaje ordinario. «Pues bien, exclamó ya Abderrahman al anunciarle esta última resolucion, que venga como él quiera, aunque sea envuelto en un saco si asi le parece, y decidle que no dejaré por eso de recibirle bien.» Era menester tanta paciencia y bondad del califa para tanta obstinacion y terquedad del monje.

Fijóse, pues, el día para su recepción, y Abderahman hizo desplegar la mas suntuosa pompa y aparato para hacer los honores al ya célebre benedictino. En toda la carrera desde la casa del humilde monje hasta el palacio del poderoso califa estaban escalonadas las tropas de infantería y caballería de la guardia, los unos con sus picas apoyadas en tierra, los otros blandiendo dardos y venablos ejecutando una especie de simulacro de combate, los otros oprimiendo con sus largas espuelas los hijares de sus caballos, y haciéndolos retozar y caracolear de mil maneras. Unos grupos de moros, probablemente dervises, especie de monjes de la religion musulmana, que solian asistir á todas las ceremonias públicas, iban dando saltos y haciendo ridículas contorsiones, ataviados tambien de un modo extravagante y raro. Al aproximarse el monje cristiano al real alcazar salieron á su encuentro los principales dignatarios del califa. El atrio estaba cubierto de vistosas y ricas alfombras. El monje Juan fué introducido al fin por medio de dos filas de magníficos sillones á la presencia del príncipe de los musulimes, que sentado sobre blandos y suntuosos cojines con las piernas cruzadas á estilo oriental aguardaba al embajador en un salon cubierto de riquísimos tapices y telas de seda.

Cuando el monje lorenés estuvo ya cerca del califa español, dióle éste á besar la palma de su mano, honor que dispensaba muy rara vez á los mas eleva-

dos personajes, nacionales ó extranjeros; y le hizo seña de que se sentara en un sillón que á su lado preparado le tenia. Un intervalo de silencio se siguió á esta ceremonia. Rompióle el califa esponiendo las causas que habian retardado aquella audiencia, contestó Juan de Gorza, y en seguida hizo entrega de los presentes del rey Othon; y como luego hiciera ademán de retirarse, «Oh, nó, exclamó el califa, no lo consentiré sin obtener antes palabra de que nos habremos de ver muchas veces, y de que nos habremos de tratar para conocernos mejor.» Prometióselo así Juan de Gorza, y salió complacido y satisfecho de haber hallado en el príncipe musulman un hombre que estaba lejos de merecer el epíteto de bárbaro que entonces aplicaban los cristianos á todos los ismaelitas.

Las entrevistas y conferencias se repitieron conforme habian convenido: en ellas se informó el califa de las fuerzas y poder del rey Othon, del número de sus tropas, de su sistema de guerra y de gobierno, y de otras circunstancias: y despues de haber hablado y cuestionado diferentes puntos, y quedado mutuamente aficionados el emir y el monje, partió éste á dar cuenta al emperador del éxito de sus negociaciones, con lo cual quedaron amigos el emperador germano y el príncipe musulman. Tal fué el resultado de la célebre embajada de Juan de Gorza, que pudo haber sido trágico para éste y de muy desagradables consecuencias para los dos pueblos

sin la extremada prudencia de Abderrahman ⁽¹⁾.

Por desgracia no habia sido siempre este príncipe tan tolerante con los cristianos. O era desigual su carácter, ó habia mudado con la edad. Porque diametralmente opuesta habia sido su conducta con el cristiano español Pelayo, aquel jóven sobrino del obispo Hermogio de Tuy que recordará el lector haber sido dado en rehenes á Abderrahman para rescatar á su tio hecho prisionero en la batalla de Valdejunquera. Era, dicen, Pelayo tan hermoso como discreto, y hacia ya tres años que estaba cautivo en Córdoba, cuando informado el califa de sus prendas quiso verle y atraerle á su religion. «Jóven, le dijo, yo te elevaré á los mas altos honores de mi imperio, si renegando de Cristo quieres reconocer á nuestro Profeta como el profeta verdadero. Yo te colmaré de riquezas, te llenaré de plata y oro, te daré ricos vestidos y alhajas preciosas. Tu escogerás de entre los esclavos de mi casa los que mas te agraden para tu servicio. Te regalaré caballos para tu uso, palacios para tu habitacion y recreo, y tendrás todas las delicias y comodidades que aqui se gozan. Sacaré de sus prisiones á quien tú quieras, y si tienes gusto en que vengan tus parientes á vivir en este pais, les daré los mas altos empleos y dignidades.»

(1) Suministran estas noticias las de la *Vida de San Juan de las Actas de los Santos de los monjes benedictinos*, en Mabillon, y *Gorza*; porque este monje se cuenta en el catálogo de los santos.

A estos y otros seductores halagos resistió con entereza y constancia el jóven Pelayo, que contaba entonces trece años de edad. Los escritores cristianos añaden que el califa se propasó á hacer al jóven demostraciones y caricias de otro género, que hubieran sido mas criminales que las primeras, con lo cual enfurecido y colérico Pelayo se arrojó intrépidamente á Abderrahman, y le hirió en el rostro y le mesó la barba, desahogándose en las espresiones mas fuertes contra el califa y contra su falsa religion. El desenlace de este drama fué el martirio del jóven atleta, cuyo cuerpo mandó Abderrahman atenacear, y que despues fuese arrojado al Guadalquivir: horrible muerte, que sin embaago sufrió el jóven cristiano con una resignacion que parecia increíble en su corta edad. Fué el martirio de San Pelayo á 25 de junio de 925. Crueldad tan desusada en Abderrahman, y empeño tan grande en la conversion de un niño que apenas rayaba en la adolescencia, nos inducè á sospechar que se mezclaba en ello otro interés que el de la religion, y que no carecen de fundamento las pretensiones de otro género que le atribuyen los escritores cristianos ⁽¹⁾.

Esta mancha, la mas negra pero no la sola que

(1) Raquel, *Vida y pasion de San Pelayo mártir*. Ambrosio de Morales refiere largamente este martirio, que cantó en versos latinos la monja alemana Roswita, y que se hizo célebre por los poemas y dramas que sobre él se compusieron en la segunda mitad del siglo X.

afeó el reinado del tercer Abderrahman, y que tanto contrasta con otros actos de generosidad y de tolerancia de su vida, no nos impide reconocer que en lo general fué un reinado el suyo lleno de esplendidez y grandeza. Protector decidido de las letras y de los sabios, las ciencias y las artes tomaron bajo su influjo un desarrollo maravilloso. La historia, la geografía, la medicina, la poesía, la gramática, las ciencias naturales, la música, la arquitectura, porción de otros ramos y conocimientos literarios y artísticos, todo prosperó de un modo admirable; fácilmente pudiéramos presentar un largo catálogo de literatos eminentes y de artistas distinguidos, que hicieron célebre en la historia de las letras el reinado del tercer Abderrahman, contando á él mismo entre los poetas y entre los hombres de erudición no comun. Habíase propuesto que la capital del imperio árabe-hispano fuese el centro de la religion, la madre de los sabios, y la umbrera de Andalucía. A este fin no perdonaba gasto ni medio para traer á Córdoba los profesores mas ilustres y las obras mas afamadas de todos los pueblos musulmanes: á aquellos los colmaba de honores, y estas las compraba á precio de oro. Sus mismos hijos eran historiadores y filósofos, y el palacio de Merúan, punto de reunion de todos los literatos, era mas bien que el palacio de un príncipe un liceo ó academia perpétua en que se cultivaban todos los ramos del saber que en aquella época se conocían; multitud de

obras arábigas de aquel tiempo llenan todavía los estantes de las bibliotecas,

Hasta las mugeres de que se acompañaba eran literatas ó artistas. «Los últimos meses de su vida, dice uno de sus historiadores, los pasó en Medina de Zahara entretenido con la buena conversacion de sus amigos, y en oír cantar los elegantes conceptos de Mozna, su esclava secretaria; de Aixa, doncella cordobesa, que cuenta Ebn Hayan que era la mas honesta, bella y erudita de su siglo; de Safia, hija de Abdallah el Rayi, asimismo en extremo linda y docta poetisa, y con las gracias y agudezas de su esclava Noiratedia: con ellas pasaba las horas de las sombras apacibles en los bosquecillos, que ofrecían mezclados racimos de uvas, naranjas y dátiles.

Ademas de los soberbios palacios y jardines de Zahara que hemos descrito en otro lugar, y que la mano destructora del tiempo, ayudada de la no menos destructora del hombre, ha hecho desaparecer, le debió la España la fundacion del arsenal de Tortosa (944), la construccion de un canal de riego y de un magnífico abrevadero en Ecija (en 949), la de un bello mihrab ó adoratorio en la mezquita principal de Tarragona, multitud de otras mezquitas, baños, fuentes y hospitales, y el patio principal de la grande aljama de Córdoba (en 958), llamado hoy patio de los Naranjos, plantado entonces no solo de naranjeros, sino de palmeras, de jazmines, de bosqueci-

llos de boxes, de mirtos y de rosales, por entre los cuales serpenteaban arroyuelos de puras y cristalinas aguas.

Llególe por fin á Abderrahman su última hora, y como dice uno de sus cronistas, «la mano irresistible del ángel de la muerte le trasladó de sus alcázares de Medina Zahara á las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles día 2 de la luna de Ramazan, del año 350 (964), á los setenta y dos años de su edad, y cincuenta años, seis meses y tres dias de su reinado, que ninguno de su familia reinó mas largo tiempo: loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso.»

Cuenta Ahmed Almakari, que entre los papeles que se hallaron despues de su muerte se encontró uno escrito por él que decia asi: «He reinado 50 años, y mi reino ha sido siempre ó pacífico ó victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los príncipes mas poderosos de la tierra, he tenido cuanto parece pudiera desear, poder, riquezas, honores y placeres. Pero he contado escrupulosamente los dias que he gustado de una felicidad sin amargura, y solo he hallado catorce en mi larga vida.» Otros dicen que hizo esta célebre confesion al filósofo poeta Suleiman ben Abdelgafir en un momento de melancolía. Uno y otro pudo ser muy bien. Asi murió Abderrahman III. en el apogeo de su poder y de su gloria.

CAPITULO XVI.

ALHAKEM II. EN CÓRDOBA:

DESDE SANCHO I. HASTA RAMIRO III. EN LEON.

De 964 á 976.

Solemne proclamacion de Alhakem II.—Brillantes cualidades de este príncipe. Protege las letras y los sábios. Riquísima biblioteca de Mérida.—Sus campañas en Castilla.—Ajuste de paz con Sancho I. de Leon.—Traslacion del cuerpo del jóven mártir San Pelayo á Leon.—Rebelion de algunos condes de Galicia.—Muere Sancho alevosamente envenenado.—Escena dramática y ruidosa entre dos obispos de Compostela.—Ramiro III. de Leon.—Situacion de los demas reinos de España.—Condado de Barcelona. Suniario: Borrel I.: Miron.—Navarra. Muerte de Garcia el Temblon, y principio de Sancho el Mayor.—Castilla. Muerte de Fernan Gonzalez.—Juicio critico sobre este célebre conde, y sobre el origen y principio de la independencian y soberanía de Castilla.—Imperio árabe, Guerras de Africa y su resultado.—Extincion del imperio edrisita.—Cultura de la corte de Córdoba.—Las mugeres literatas.—Asambleas de hombres doctos y eruditos.—Estadística de la riqueza y poblacion de Córdoba.—Estado de la agricultura y ganadería entre los árabes.—Sentida muerte del ilustre Alhakem II.—Anuncio de cambio en la situacion de los pueblos de España.

Aquel Abderrahman que decia no haber gustado en los cincuenta años de su reinado sino catorce dias de felicidad, pudo haber contado por el decimoquinto el dia de su muerte, pues felicidad es para un mo-